

tocárades en el olor, que por el siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debaxo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, á la qual subia de punto y quilates un lunar que tenia sobre el labio derecho, á manera de bigote, con siete, ó ocho cabellos rubios, como hebras de oro, y largos de mas de un palmo. Á ese lunar, dixo Don Quixote, segun la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo, que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo sé decir á Vuesa Merced, respondió Sancho, que le parecian allí como nacidos. Yo lo creo, amigo, replicó Don Quixote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea, que no fuese perfecta y bien acabada, y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, ¿aquella que á mí me pareció albarda, que tú aderezaste, era silla rasa, ó sillón? No era, respondió Sancho, sino silla á la gineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un

reyno, segun es de rica. Y que no viese yo todo eso, Sancho, dixo Don Quixote: ahora torno á decir, y diré mil veces que soy el mas desdichado de los hombres. Harto tenia que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo tan delicadamente engañado. Finalmente despues de otras muchas razones que entre los dos pasáron, volviéron á subir en sus bestias, y siguiéron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse; pero ántes que allá llegasen, les sucedieron cosas, que por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leídas, como se verá adelante.

CAPÍTULO XI.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quixote con el carro, ó carreta de las Cortes de la muerte.

Pensativo ademas iba Don Quixote por su camino adelante considerando la mala burla, que le habían hecho los encantadores, volviendo á su señora Dulcinea en

la mala figura de la aldeana, y no imaginaba que remedio tendría para volverla á su ser primero: y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que sin sentirlo, soltó las riendas á Rocinante, el qual sintiendo la libertad que se le daba, á cada paso se detenía á pacer la verde yerba de que aquellos campos abundaban. De su embelesamiento le volvió Sancho Panza, diciéndole: señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias: Vuesa Merced se reporte, y vuelva en sí, y coja las riendas á Rocinante, y avive y despierte y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Que diablos es esto? ¿que descaecimiento es este? ¿estamos aquí ó en Francia? mas que se lleve Saturan á quantas Dulcineas hay en el mundo, pues vale mas la salud de un solo caballero andante, que todos los encantos y transformaciones de la tierra. Calla, Sancho, respondió Don Quixote con voz no muy desmayada, calla digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa: de la invidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza.

Así lo digo yo, respondió Sancho: quien la vido y la ve ahora ¿qual es el corazon que no llora? Eso puedes tú decir bien, Sancho, replicó Don Quixote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura, que el encanto no se extendió á turbarte la vista, ni á encubrirte su belleza: contra mí solo, y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno; mas con todo esto he caído, Sancho, en una cosa, y es que me pintaste mal su hermosura, porque si mal no me acuerdo, dixiste que tenia los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas, ántes son de besugo, que de dama: y á lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos, que les sirven de cejas: y esas perlas quitálas de los ojos, y pásalas á los dientes, que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser, respondió Sancho, porque tambien me turbó á mí su hermosura, como á Vuesa Merced su fealdad; pero encomendémoslo todo á Dios, que él es el sabidor de las cosas, que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería. De una co-

sa me pesa , señor mio , mas que de otras , que es pensar , que medio se ha de tener quando Vuesa Merced venza algun gigante , ó otro caballero , y le mande que se vaya á presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea ; adonde la ha de hallar este pobre gigante , ó este pobre y misero caballero vencido ? Paréceme que los veo andar por el Toboso hechos unos bausanes , buscando á mi señora Dulcinea , y aun que la encuentren en mitad de la calle , no la conocerán , mas que á mi padre. Quizá , Sancho , respondió Don Quixote , no se extenderá el encantamiento á quitar el conocimiento de Dulcinea á los vencidos y presentados gigantes y caballeros ; y en uno , ó dos de los primeros que yo venza y le envié , haremos la experiencia ; si la ven , ó no , mandádoles que vuelvan á darme relacion de lo que acerca desto les hubiere sucedido. Digo , señor , replicó Sancho , que me ha parecido bien lo que Vuesa Merced ha dicho , y que con ese artificio vendremos en conocimiento de lo que deseamos , y si es que ella á solo Vuesa Merced se encubre , la desgracia mas será de Vuesa Merced que suya ; pero como la señora Dulcinea tenga salud y contento , nosotros por acá nos avendremos y lo

pasarémos lo mejor que pudiéremos , buscando nuestras aventuras , y dexando al tiempo que haga de las suyas , que él es el mejor médico destas y de otras mayores enfermedades. Responder queria Don Quixote á Sancho Panza ; pero estorbóselo una carreta que salió al traves del camino , cargada de los mas diversos y extraños personages y figuras que pudieron imaginarse. El que guiaba las mulas y servia de carretero , era un feo demonio. Venia la carreta descubierta al cielo abierto , sin toldo , ni zarzo. La primera figura que se ofreció á los ojos de Don Quixote , fué la de la misma muerte con rostro humano : junto á ella venia un ángel con unas grandes y pintadas alas : al un lado estaba un emperador con una corona , al parecer de oro , en la cabeza : á los pies de la muerte estaba el dios que llaman Cupido , sin venda en los ojos , pero con su arco , carcax y saetas : venia tambien un caballero armado de punta en blanco , excepto que no traia morrion , ni celada , sino un sombrero lleno de plumas de diversas colores : con estas venian otras personas de diferentes trages y rostros. Todo lo qual visto de improviso , en alguna manera alborotó á Don Quixote y puso

miedo en el corazón de Sancho; mas luego se alegró Don Quixote, creyendo que se le ofrecia alguna nueva y peligrosa aventura, y con este pensamiento y con ánimo dispuesto de acometer qualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora dixo: carretero, cochero, ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quien eres, á do vas, y quien es la gente que llevas en tu coche, que mas parece la barca de Caron, que carreta de las que se usan. Á lo qual mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió: señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el malo, hemos hecho en un Lugar que está detras de aquella loma esta mañana, que es la Octava del Corpus, el auto de las Cortes de la muerte, y hémosle de hacer esta tarde en aquel Lugar que desde aquí se parece, y por estar tan cerca y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos. Aquel manco va de muerte, el otro de ángel, aquella muger, que es la del autor, va de reyna, el otro de soldado, aquel de emperador y yo de demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago

en esta compañía los primeros papeles: si otra cosa Vuesa Merced desea saber de nosotros, pregúntemelo, que yo le sabré responder con toda puntualidad, que como soy demonio, todo se me alcanza. Por la fe de caballero andante, respondió Don Quixote, que así como vi este carro, imaginé que alguna grande aventura se me ofrecia, y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandais algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde mochacho fuí aficionado á la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula. Estando en estas pláticas quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venia vestido de bogiganga, con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traia tres vexigas de vaca hinchadas, el qual moharracho llegándose á Don Quixote comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vexigas, y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala vision así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle Don Quixote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por

el campo con mas ligereza que jamas prometieron los huesos de su notomia. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del rucio, y á toda priesa fué á valerle; pero quando á él llegó ya estaba en tierra y junto á él Rocinante, que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanas de Rocinante y de sus atrevimientos. Mas apénas hubo dexado su caballería Sancho por acudir á Don Quixote, quando el demonio baylador de las vexigas saltó sobre el rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido mas que el dolor de los golpes, le hizo volar por la campaña hácia el Lugar donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rucio y la caída de su amo, y no sabia á qual de las dos necesidades acudiria primero; pero en efecto como buen escudero y como buen criado, pudo mas con él el amor de su señor, que el cariño de su jumento: puesto que cada vez que veia levantar las vexigas en el ayre y caer sobre las ancas de su rucio, eran para él tártagos y sustos de muerte, y ántes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos, que en el mas mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perplexa tribulacion llegó

donde estaba Don Quixote harto mas maltrecho de lo que él quisiera, y ayudándole á subir sobre Rocinante, le dixo: señor, el diablo se ha llevado al rucio. ¿Que diablo? preguntó Don Quixote. El de las vexigas, respondió Sancho. Pues yo le cobraré, replicó Don Quixote, si bien se encerrase con él en los mas hondos y oscuros calabozos del infierno. Sígueme, Sancho, que la carreta va despacio: y con las mulas della satisfará la pérdida del rucio. No hay para que hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho, Vuesa Merced temple su cólera, que segun me parece ya el diablo ha dexado el rucio, y vuelve á la querecencia: y así era la verdad, porque habiendo caido el diablo con el rucio, por imitar á Don Quixote y á Rocinante, el diablo se fué á pie al pueblo, y el jumento se volvió á su amo. Con todo eso, dixo Don Quixote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mesmo emperador. Quitesele á Vuesa Merced eso de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es, que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas: sepa

Vuesa Merced, que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y mas siendo de aquellos de las compañías reales y de título, que todos, ó los mas en sus trages y compostura parecen unos Príncipes. Pues con todo, respondió Don Quixote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano: y diciendo esto, volvió á la carreta que ya estaba bien cerca del pueblo, y iba dando voces, diciendo: deteneos, esperad, turba alegre y regocijada, que os quiero dar á entender como se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes. Tan altos eran los gritos de Don Quixote, que los oyéron y entendieron los de la carreta, y juzgando por las palabras la intencion del que las decia, en un instante saltó la muerte de la carreta y tras ella el emperador, el diablo carretero y el ángel, sin quedarse la reyna, ni el dios Cupido, y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala, esperando recibir á Don Quixote en las puntas de sus guijarros. Don Quixote que los vió puestos en tan gallardo esquadron, los brazos levantados, con ademan de des-

pedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas á Rocinante, y púsose á pensar, de que modo los acometeria con ménos peligro de su persona. En esto que se detuvo, llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado esquadron, le dixo: asaz de locura seria intentar tal empresa: considere Vuesa Merced, señor mio, que para sopa de arroyo y tente bonete no hay arma defensiva en el mundo, sino es embutirse y encerrarse en una campana de bronce: y tambien se ha de considerar que es mas temeridad que valentía, acometer un hombre solo á un ejército donde está la muerte y pelean en persona emperadores, y á quien ayudan los buenos y los malos ángeles: y si esta consideracion no le mueve á estarse quedo, muévale saber de cierto, que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningun caballero andante. Ahora sí, dixo Don Quixote, has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero: á ti, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio que

á tu rucio se le ha hecho , que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables. No hay para que , señor , respondió Sancho , tomar venganza de nadie , pues no es de buenos christianos tomarla de los agravios , quanto mas que yo acabaré con mi asno , que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad , la qual es de vivir pacíficamente los dias que los Cielos me dieren de vida. Pues esa es tu determinacion , replicó Don Quixote , Sancho bueno , Sancho discreto , Sancho christiano , y Sancho sincero , dexemos estas fantasmas , y volvamos á buscar mejores y mas calificadas aventuras , que yo veo esta tierra de talle , que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas. Volvió las riendas luego , Sancho fué á tomar su rucio , la muerte con todo su esquadron volante volviéron á su carreta y prosiguieron su viage , y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la muerte : gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo , al qual el día siguiente le sucedió otra con un enamorado y andante caballero de no ménos suspension que la pasada.

CAPÍTULO XII.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quixote con el bravo Caballero de los Espejos.

La noche que siguió al dia del encuentro de la muerte , la pasáron Don Quixote y su escudero debaxo de unos altos y sombrosos árboles , habiendo á persuasion de Sancho comido Don Quixote de lo que venia en el repuesto del rucio , y entre la cena dixo Sancho á su señor : señor , que tonto hubiera ándado yo , si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que Vuesa Merced acabara , ántes que las crias de las tres yeguas. En efecto , en efecto mas vale páxaro en mano , que buytre volando. Todaya , respondió Don Quixote , si tú , Sancho , me dexaras acometer , como yo queria , te hubieran cabido en despojos por lo ménos la corona de oro de la emperatriz y las pintadas alas de Cupido , que yo se las quitara al redropelo , y te las pusiera en las manos. Nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes , respondió Sancho Panza , fuéron de oro puro , sino de oropel , ó hoja de lata. Así es verdad , re-

plicó Don Quixote, porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes, como lo es la misma comedia, con la qual quiero, Sancho, que estés bien, teniéndola en tu gracia, y por el mismo consiguiente á los que las representan y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la república, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparacion hay que mas al vivo nos represente lo que somos y lo que habemos de ser, como la comedia y los comediantes. Si no dime ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufian, otro el embustero, este el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales. Si he visto, respondió Sancho. Pues lo mesmo, dixo Don Quixote, acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los Emperadores, otros los Pontífices, y finalmente todas quantas figuras se

pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es quando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura. ¡Brava comparacion! dixo Sancho, aunque no tan nueva, que yo no la haya oido muchas y diversas veces, como aquella del juego del axedrez, que mientras dura el juego, cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego, todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada dia, Sancho, dixo Don Quixote, te vas haciendo ménos simple y mas discreto. Si, que algo se me ha de pegar de la discrecion de Vuesa Merced, respondió Sancho, que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen á dar buenos frutos: quiero decir, que la conversacion de Vuesa Merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído, la cultivacion el tiempo que ha que le sirvo y comunico, y con esto espero de dar frutos de mí, que sean de bendicion, tales que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza, que Vuesa Merced ha hecho en el agostado entendi-

miento mio. Rióse Don Quixote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decia de su enmienda, porque de quando en quando hablaba de manera que le admiraba, puesto que todas ó las mas veces que Sancho queria hablar de oposicion y á lo cortesano, acababa su razon con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia: y en lo que él se mostraba mas elegante y memorioso, era en traer refranes, viniesen ó no viniesen á pelo de lo que trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso desta historia. En estas y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y á Sancho le vino en voluntad de dexar caer las compuertas de los ojos, como él decia quando queria dormir, y desaliñando el rucio, le dió pasto abundoso y libre. No quitó la silla á Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor, que en el tiempo que anduviesen en campaña, ó no durmiesen debaxo de techado, no desaliñase á Rocinante, antigua usanza establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzon de la silla; pero ¿quitar la silla al caballo? guarda: y así lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que

al rucio, cuya amistad del y de Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay fama por tradicion de padres á hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della; mas que por guardar la decencia y decoro que á tan heroica historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida deste su prosupuesto, y escribe, que así como las dos bestias se juntaban, acudian á rascarse el uno al otro, y que despues de cansados y satisfechos cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio, que le sobraba de la otra parte mas de media vara, y mirando los dos atentamente al suelo, se solian estar de aquella manera tres días, á lo ménos todo el tiempo que les dexaba, ó no les compelia la hambre á buscar sustento. Digo que dicen, que dexó el autor escrito que los habia comparado en la amistad á la que tuviéron Niso y Eurialo, y Pilades y Orétes: y si esto es así, se podia echar de ver para universal admiracion, quan firme debió ser la amistad destes dos pacíficos animales, y para confusion de los hombres, que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros. Por esto se dixo: no hay amigo para amigo: las cañas se vuelven lan-

zas, y el otro que cantó: de amigo á amigo la chinche &c. Y no le parecia á alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad de estos animales á la de los hombres, que de las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigüeñas el cristal, de los perros el vómito y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del caballo. Finalmente Sancho se quedó dormido al pie de un alcornoque, y Don Quixote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo habia pasado quando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas, y levantándose con sobresalto, se puso á mirar y á escuchar de donde el ruido procedia, y vió que eran dos hombres á caballo, y que el uno dexándose derribar de la silla, dixo al otro: apáete, amigo, y quita los frenos á los caballos, que á mi parecer este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos. El decir esto y el tenderse en el suelo, todo fué á un mismo tiempo, y al arrojarse hicieron ruido las armas

de que venia armado, manifesta señal por donde conoció Don Quixote que debia de ser caballero andante: y llegándose á Sancho, que dormia, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baxa le dixo: hermano Sancho, aventura tenemos. Dios nos la dé buena, respondió Sancho, ¿y adonde está, señor mio, Su Merced desañora aventura? ¿Adonde, Sancho? replicó Don Quixote, vuelve los ojos, y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que á lo que á mí se me trasluce, no debe de estar demasadamente alegre, porque le vi arrojar del caballo, y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer le cruxiéron las armas. ¿Pues en que halla Vuesa Merced, dixo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo decir, respondió Don Quixote, que esta sea aventura del todo, sino principio della, que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha, que á lo que parece, templando está un laud, ó vihuela, y segun escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo. Á buena fe que es así, respondió Sancho, y que debé de ser caballero enamorado. No hay ninguno de los andantes que

no lo sea, dixo Don Quixote, y escuchémosle, que por el hilo sacarémos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta: que de la abundancia del corazon habla la lengua. Replicar queria Sancho á su amo, pero la voz del Caballero del Bosque, que no era muy mala, ni muy buena, lo estorbó, y estando los dos atónitos, oyéron que lo que cantó fué este

SONETO.

*Dadme, señora, un término que siga,
Conforme á vuestra voluntad cortado,
Que será de la mia así estimado,
Que por jamas un punto dél desdiga.*

*Si gustais que callando mi fatiga
Muera, contadme ya por acabado:
Si queréis que os la cuente en desusado
Modo, haré que el mesmo amor la diga.*

*Á prueba de contrarios estoy hecho,
De blanda cera y de diamante duro,
Y á las leyes de amor el alma ajusto.*

*Blando qual es, ó fuerte ofrezco el pecho:
Entallad, ó imprimid lo que os dé gusto,
Que de guardarlo eternamente juro.*

Con un ay arrancado al parecer de lo íntimo de su corazon, dió fin á su canto el Caballero del Bosque, y de allí á un poco

con voz doliente y lastimada dixo ; Ó la mas hermosa y la mas ingrata muger del orbe! Como que ; será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ; No basta ya que he hecho, que te confiesen por la mas hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los Leoneses, todos los Tartesios, todos los Castellanos, y finalmente todos los caballeros de la Mancha? Eso no, dixo á esta sazón Don Quixote, que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado, ni podia ni debía confesar una cosa tan perjudicial á la belleza de mi señora: y este tal caballero, ya ves tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos, quizá se declarará mas. Si hará, replicó Sancho, que término lleva de quejarse un mes arreo. Pero no fué así, porque habiendo entreoído el Caballero del Bosque, que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentacion, se puso en pie, y dixo con voz sonora y comedida ; quien va allá? ; que gente? ; es por ventura de la del número de los contentos, ó la del de los afligidos? De los afligidos, respondió Don Quixote. Pues lléguese á mi, respon-

dió el del Bosque, y hará cuenta que se llega á la mesma tristeza y á la afliccion mesma. Don Quixote que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á él, y Sancho ni mas ni ménos. El caballero lamentador asíó á Don Quixote del brazo diciendo: sentaos aquí, señor caballero, que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballeria, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes. Á lo que respondió Don Quixote: caballero soy de la profesion que decis, y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasion que tengo de las ajenas desdichas: de lo que cantaste poco ha, colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir del amor que tenéis á aquella hermosa ingrata, que en vuestras lamentaciones nombrastes. Ya quando esto pasaba, estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del día no se hubieran de romper las cabezas. Por ventura, señor caballero, preguntó el del Bosque á Don Quixote ¿sois enamorado? Por desventu-

ra lo soy, respondió Don Quixote, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos, ántes se deben tener por gracias, que por desdichas. Así es la verdad, replicó el del Bosque, si no nos turbasen la razon y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos parecen venganzas. Nunca fuí desdeñado de mi señora, respondió Don Quixote. No por cierto, dixo Sancho que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa, es mas blanda que una manteca. ¿Es vuestro escudero este? preguntó el del Bosque. Sí es, respondió Don Quixote. Nunca he visto yo escudero, replicó el del Bosque, que se atreva á hablar donde habla su señor: á lo ménos ahí está ese mio, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo. Pues á fe, dixo Sancho, que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y aun... quédese aquí, que es peor meneallo. El escudero del Bosque asíó por el brazo á Sancho, diciéndole: vámonos los dos donde podamos hablar escuderialmente todo quanto quisiéremos, y dexemos á esos señores amos nuestros que se dén de las astas, contándose las historias de sus amores, que á buen

seguro que les ha de coger el día en ellas, y no las han de haber acabado. Sea en buena hora, dixo Sancho, y yo le diré á Vuesa Merced quien soy, para que vea si puedo entrar en docena con los mas hablantes escuderos. Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los quales pasó un tan gracioso coloquio, como fué grave el que pasó entre sus señores.

CAPÍTULO XIII.

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio, que pasó entre los dos escuderos.

Divididos estaban caballeros y escuderos, estos contándose sus vidas, y aquellos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos: y así dice, que apartándose un poco dellos, el del Bosque dixo á Sancho: trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mio, estos que somos escuderos de caballeros andantes, en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nuestros primeros padres. También se puede

decir, añadió Sancho, que lo comemos en el yelo de nuestros cuerpos, porque; quien mas calor y mas frio, que los miserables escuderos de la andante caballería? Y aun ménos mal si comiéramos, pues los duelos con pan son ménos; pero tal vez hay, que se nos pasa un día y dos sin desayunarnos, sino es del viento que sopla. Todo eso se puede llevar y conllevar, dixo el del Bosque, con la esperanza que tenemos del premio: porque si demasiadamente no es desgraciado el caballero andante á quien un escudero sirve, por lo ménos á pocos lances se verá premiado con un hermoso Gobierno de qualque Ínsula, ó con un Condado de buen parecer. Yo, replicó Sancho, ya he dicho á mi amo que me contento con el Gobierno de alguna Ínsula: y él es tan noble y tan liberal, que me le ha prometido muchas y diversas veces. Yo, dixo el del Bosque, con un Canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo. Y que tal debe de ser, dixo Sancho, su amo de Vuesa Merced, caballero á lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes á sus buenos escuderos; pero el mio es meramente lego, aunque yo me acuerdo, quando le querian aconsejar personas discretas, aunque á

mi parecer mal intencionadas , que procurase ser Arzobispo ; pero él no quiso sino ser Emperador , y yo estaba entónçes temblando si le venia en voluntad de ser de la Iglesia , por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella , porque le hago saber á Vuesa Merced , que aunque parezco hombre , soy una bestia para ser de la Iglesia. Pues en verdad que lo yerra Vuesa Merced , dixo el del Bosque , á causa que los Gobiernos insulanos no son todos de buena data : algunos hay torcidos , algunos pobres , algunos malencónicos , y finalmente el mas erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades , que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor seria , que los que profesamos esta maldita servidumbre , nos retirásemos á nuestras casas , y allí nos entretuviésemos en exercicios mas suaves , como si dixésemos , cazando , ó pescando , que ¿ que escudero hay tan pobre en el mundo , á quien le falte un rocin y un par de galgos y una caña de pescar con que entretenerse en su aldea ? Á mi no me falta nada deso , respondió Sancho , verdad es que no tengo rocin ; pero tengo un asno que vale dos veces mas que el caballo de mi amo : ma-

la pascua me dé Dios , y sea la primera que viniere , si le trocará por él aunque me diesen quatro fanegas de cebada encima : á burla tendrá Vuesa Merced el valor de mi rucio , que rucio es el color de mi jumento : pues galgos no me habian de faltar , habiéndolos sobrados en mi pueblo , y mas que entónçes es la caza mas gustosa , quando se hace á costa agena. Real y verdaderamente , respondió el del Bosque , señor escudero , que tengo propuesto y determinado de dexar estas borracheras de estos caballeros , y retirarme á mi aldea , y criar mis hijitos , que tengo tres como tres orientales perlas. Dos tengo yo , dixo Sancho , que se pueden presentar al Papa en persona , especialmente una muchacha , á quien crió para Condesa , si Dios fuere servido , aunque á pesar de su madre. ¿ Y que edad tiene esa señora que se cria para Condesa ? preguntó el del Bosque. Quince años , dos mas á ménos , respondió Sancho ; pero es tan grande como una lanza , y tan fresca como una mañana de Abril , y tiene una fuerza de un ganapan. Partes son esas , respondió el del Bosque , no solo para ser Condesa , sino para ser Ninfa del verde bosque. ¡ Ó hideputa puta , y que rejoye de tener la bellaca ! Á lo que respon-

dió Sancho algo mohino, ni ella es puta, ni lo fué su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, miéntras yo viviere: y háblese mas comedidamente, que para haberse criado Vuesa Merced entre caballeros andantes, que son la mesma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras. Ó que mal se le entiende á Vuesa Merced, replicó el del Bosque, de achaque de alabanzas, señor escudero. Como ¿ y no sabe, que quando algun caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, ó quando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo, ó hideputa puto, y que bien que lo ha hecho? y aquello que parece vituperio en aquel término, es alabanza notable: y renegad vos, señor, de los hijos, ó hijas que no hacen obras que merezcan se les dén á sus padres loores semejantes. Sí reniego, respondió Sancho, y dese modo y por esa misma razon podía echar Vuesa Merced á mí y á mis hijos y á mi muger toda una putería encima, porque todo quanto hacen y dicen son extremos dignos de semejantes alabanzas, y para volverlos á ver ruego yo á Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca deste peligroso oficio de escudero, en

el qual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados, que me hallé un dia en el corazon de Sierra Morena, y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá, no sino acullá un talego lleno de doblones, que me parece que á cada paso le toco con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un Príncipe: y el rato que en esto pienso, se me hacen fáciles y llevaderos quantos trabajos padezco con este menecato de mi amo, de quien sé que tiene mas de loco que de caballero. Por eso, respondió el del Bosque, dicen que la codicia rompe el saco, y si va á tratar dellos, no hay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos que dicen: cuidados agenos matan al asno, pues porque cobre otro caballero el juicio que ha perdido, se hace el loco, y anda buscando lo que no sé si despues de hallado le ha de salir á los hocicos. ¿ Y es enamorado por dicha? Sí, dixo el del Bosque, de una tal Casildea de Vandalia, la mas cruda y la mas asada señora que en todo el orbe puede hallarse; pero no coxea del pie de la crudeza, que otros mayores embustes le gruñen en las entrañas, y ello

dirá ántes de muchas horas. No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algun tropezon, ó barranco: en otras casas cuecen habas, y en la mia á calderadas: mas acompañados y paniaguados debe de tener la locura, que la discrecion; mas si es verdad lo que comunmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos, suele servir de alivio en ellos, con Vuesa Merced podré consolarme, pues sirve á otro amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, respondió el del Bosque, y mas bellaco que tonto y que valiente. Eso no es el mio, respondió Sancho: digo que no tiene nada de bellaco; ántes tiene un alma como un cántaro: no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día, y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazon, y no me amañó á dexarle por mas disparates que haga. Con todo eso, hermano y señor, dixo el del Bosque, si el ciego guia al ciego, ámbos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compas de pies, y volvernos á nuestras querencias, que los que buscan aventuras, no siempre las hallan buenas. Escupia Sancho á

menudo, al parecer un cierto género de saliva pegajosa y algo seca, lo qual visto y notado por el caritativo bosqueril escudero, dixo: paréceme, que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas, pero yo traygo un despegador pendiente del arzon de mi caballo, que es tal como bueno, y levantándose, volvió desde allí á un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara: y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar tan grande, que Sancho al tocarla entendió ser de algun cabron, no que de cabrito, lo qual visto por Sancho, dixo: ¿y esto trae Vuesa Merced consigo, señor? Pues que se pensaba, respondió el otro ¿soy yo por ventura algun escudero de agua y lana? Mejor repuesto traygo yo en las ancas de mi caballo, que lleva consigo quando va de camino un General. Comió Sancho, sin hacerse de rogar, y tragaba á oscuras bocados de nudos de suelta, y dixo: Vuesa Merced sí que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, parécelo á lo ménos, y no como yo mezquino y malaventurado, que solo traygo en mis

alforjas un poco de queso tan duro , que pueden descalabrar con ello á un gigante, á quien hacen compañía quatro docenas de algarrobas, y otras tantas de avellanas y nueces , mercedes á la estrechez de mi dueño , y á la opinion que tiene , y órden que guarda , de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo. Por mi fe , hermano , replicó el del Bosque , que yo no tengo hecho el estómago á tagarninas , ni á piruétanos , ni á raíces de los montes : allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos , y coman lo que ellos mandaren : fiambreras traygo , y esta bota colgando del arzon de la silla , por sí , ó por no , y es tan devota mia , y quiérola tanto , que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos : y diciendo esto se la puso en las manos á Sancho , el qual empinándola puesta á la boca , estuvo mirando las estrellas un quarto de hora , y en acabando de beber , dexó caer la cabeza á un lado , y dando un gran suspiro , dixo ; ó hieputa bellaco , y como es católico ! Veis ahí , dixo el del Bosque , en oyendo el hieputa de Sancho , como habeis alabado este vino , llamándole hi-

deputa. Digo , respondió Sancho , que confieso que conozco , que no es deshonra llamar hijo de puta á nadie , quando cae debaxo del entendimiento de alabarle. Pero dígame , señor , por el siglo de lo que mas quiere ; este vino es de Ciudad Real ? ¡ Bravo mojon ! respondió el del Bosque , en verdad que no es de otra parte , y que tiene algunos años de ancianidad. Á mí con eso , dixo Sancho , no tomeis ménos sino que se me fuera á mí por alto dar alcance á su conocimiento. ¿ No será bueno , señor escudero , que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos , que en dándome á oler qualquiera , acierto la patria , el linage , el sabor y la dura , y las vueltas que ha de dar , con todas las circunstancias al vino atañederas ? Pero no hay de que maravillarse , si tuve en mi linage por parte de mi padre los dos mas excelentes mojonos que en luengos años conoció la Mancha : para prueba de lo qual les sucedió lo que ahora diré. Diéronles á los dos á probar del vino de una cuba , pidiéndoles su parecer del estado , qualidad , bondad , ó malicia del vino. El uno lo probó con la punta de la lengua , el otro no hizo mas de llegarlo á las narices. El primero dixo que aquel vino sabia á

hierro, el segundo dixo que mas sabia á cordoban. El dueño dixo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno, por donde hubiese tomado sabor de hierro, ni de cordoban. Con todo eso los dos famosos mojonos se afirmaron en lo que habian dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña pendiente de una correa de cordoban: porque vea Vuesa Merced, si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas. Por eso digo, dixo el del Bosque, que nos dexemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas, no busquemos tortas, y volvámonos á nuestras chozas, que allí nos hallará Dios, si él quiere. Hasta que mi amo llegue á Zaragoza le serviré, que despues todos nos entenderemos.

Finalmente tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed, que quitársela fuera imposible, y así asidos entrámbos de la ya casi vacía bota, con los bocados á medio mascar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dexaremos por ahora, por contar lo que el Caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.

CAPÍTULO XIV.

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque.

Entre muchas razones que pasaron Don Quixote y el Caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dixo á Don Quixote: finalmente, señor caballero, quiero que sepais que mi destino, ó por mejor decir mi eleccion me truxo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia: llámola sin par, porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo, como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno, que en el fin del otro llegaria el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé qual ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese á desafiar á aquella famosa gigante de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte, como hecha de bronce, y sin mudarse de un

Lugar es la mas movable y voltaria muger del mundo. Llegué, vila, y vencila, y hícela estar queda y á raya, porque en mas de una semana no sopláron sino vientos nortes. Vez tambien hubo que me mandó fuese á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando : empresa mas para encomendarse á ganapanes, que á caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra ; peligro inaudito y temeroso ! y que le truxese particular relacion de lo que en aquella oscura profundidad se encierra. De-tuve el movimiento á la Giralda, pesé los Toros de Guisando, despeñéme en la sima, y saqué á luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolucion, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de quantas hoy viven, y que yo soy el mas valiente y el mas bien enamorado caballero del orbe ; en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros, que se han atrevido á contrade-

cirme ; pero de lo que yo mas me precio y ufano, es de haber vencido en singular batalla á aquel tan famoso caballero Don Quixote de la Mancha, y héchole confesar que es mas hermosa mi Casildea, que su Dulcinea : y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal Don Quixote, que digo, los ha vencido á todos, y habiéndole yo vencido á él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado á mi persona, y tanto el vencedor es mas honrado, quanto mas el vencido es reputado : así que ya corren por mi cuenta y son mias las innumerables hazañas del ya referido Don Quixote. Admirado quedó Don Quixote de oír al Caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentía, y ya tuvo el mentis en el pico de la lengua ; pero reportóse lo mejor que pudo, por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así sosegadamente le dixo : de que Vuesa Merced, señor caballero, haya vencido á los mas caballeros andantes de España y aun de todo el mundo, no digo nada ; pero de que haya vencido á Don Quixote de la Mancha, póngolo en duda : podría ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que

le parezcan. ¿Como no? replicó el del Bosque, por el cielo que nos cubre, que peleé con Don Quixote, y le vencí y rendí, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos: campea debaxo del nombre del *Caballero de la Triste Figura*, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza: oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo, llamado Rocinante, y finalmente tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo como la mia, que por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que la hará dar crédito á la misma incredulidad. Sosegaos, señor caballero, dixo Don Quixote, y escuchad lo que deciros quiero. Habeis de saber, que ese Don Quixote que decís, es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que dél me habeis dado tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que

habeis vencido: por otra parte veo con los ojos y toco con las manos, no ser posible ser el mesmo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dexarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen grangeada y adquirida por todo lo descubierta de la tierra: y para confirmacion desto, quiero tambien que sepais, que los tales encantadores sus contrarios, no ha mas de dos dias que transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán transformado á Don Quixote: y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mesmo Don Quixote, que la sustentará con sus armas á pie, ó á caballo, ó de qualquier suerte que os agradare: y diciendo esto se levantó en pie, y se empuñó en la espada, esperando que resolucion tomara el Caballero del Bosque, el qual con voz asimismo sosegada respondió y dixo: al buen pagador no le duelen prendas, el que una vez, señor Don Quixote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro pro-

mo tamaño : tomaréis vos la una , y yo la otra , y reñirémos á talegazos con armas iguales. Desa manera sea en buena hora , respondió Sancho , porque ántes servirá la tal pelea de despolvorearnos , que de herirnos. No ha de ser así , replicó el otro , porque se han de echar dentro de las talegas , porque no se las lleve el ayre , media docena de guijarros lindos y pelados , que pesen tanto los unos como los otros , y desta manera nos podrémos atalegar sin hacernos mal ni daño. Mirad ; cuerpo de mi padre ! respondió Sancho , que martas cebollinas , ó que copos de algodón cardado pone en las talegas , para no quedar molidos los cascós , y hechos alheña los huesos ; pero aunque se llenaran de capullos de seda , sepa , señor mio , que no he de pelear : peléen nuestros amos , y allá se lo hayan , y bebamos y vivamos nosotros , que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas , sin que andemos buscando apetites para que se acaben ántes de llegar su sazón y término , y que se cayan de maduras. Con todo , replicó el del Bosque , hemos de pelear siquiera media hora. Eso no , respondió Sancho , no seré yo tan descortes , ni tan desagradecido , que con quien he comido y he bebi-

do trabe cuestión alguna , por mínima que sea , quanto mas , que estando sin cólera y sin enojo ¿quien diablos se ha de amañar á reñir á secas ? Para eso , dixo el del Bosque , yo daré un suficiente remedio , y es , que ántes que comencemos la pelea , yo me llegaré bonitamente á Vuesa Merced , y le daré tres ó quatro bofetadas , que dé con él á mis pies , con las quales le haré despertar la cólera , aunque esté con mas sueño que un lirón. Contra ese corte sé yo otro , respondió Sancho , que no le va en zaga : cogere yo un garrote , y ántes que Vuesa Merced llegue á despertarme la cólera , haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya , que no despierte , sino fuere en el otro mundo , en el qual se sabe que no soy yo hombre que me dexo manosear el rostro de nadie , y cada uno mire por el virote : aunque lo mas acertado seria dexar dormir su cólera á cada uno , que no sabe nadie el alma de nadie , y tal suele venir por lana , que vuelve tresquilado , y Dios bendixo la paz , y maldixo las riñas , porque si un gato acosado , encerrado y apretado se vuelve en león , yo que soy hombre , Dios sabe en lo que podré volverme : y así desde ahora intimo á Vuesa Merced , señor escudero ,

que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare. Está bien, replicó el del Bosque: amaneceará Dios, y medrarémos. En esto ya comenzaban á gorgear en los árboles mil suertes de pintados paxarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecia que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecia asimesmo que ellas brotaban y llovian blanco y menudo aljófara, los sauces destilaban maná sabroso, reianse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida. Mas apénas dió lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, quando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza, fué la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande, que casi le hacia sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de berrugas, de color amoratado, como de berengena: baxábase los dedos mas abaxo de la boca, cuya

grandeza, color, berrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho, comenzó á herir de pie y de mano, como niño con alferecía, y propuso en su corazon de dexarse dar docientas bofetadas, ántes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo. Don Quixote miró á su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una sobrevesta, ó casaca de una tela al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacian en grandísima manera galan y vistoso: volábase sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas: la lanza que tenia arrimada á un árbol era grandísima y gruesa y de un hierro acerado de mas de un palmo. Todo lo miró y todo lo notó Don Quixote, y juzgó de lo visto y mirado, que el ya dicho caballero debía de ser de grandes fuerzas, pero no por eso temió como Sancho Panza; ántes con gentil denuedo dixo al Caballero de los Espejos: si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella

os pido que alcéis la visera un poco , porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde á la de vuestra disposicion. **O** vencido , ó vencedor que salgais desta empresa , señor caballero , respondió el de los Espejos , os quedará tiempo y espacio demasiado para verme : y si ahora no satisfago á vuestro deseo , es por parecerme que hago notable agravio á la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera , sin haceros confesar lo que ya sabeis que pretendo. Pues en tanto que subimos á caballo , dixo Don Quixote , bien podeis decirme , si soy yo aquel Don Quixote que dixisteis haber vencido. Á eso vos respondemos , dixo el de los Espejos , que pareceis , como se parece un huevo á otro , al mismo caballero que yo vencí ; pero segun vos decís , que le persiguen encantadores , no osaré afirmar , si sois el contenido , ó no. Eso me basta á mí , respondió Don Quixote , para que crea vuestro engaño : empero para sacaros dél de todo punto , vengan nuestros caballos , que en ménos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera , si Dios , si mi señora y mi brazo me valen , veré yo vuestro rostro , y vos veréis , que no soy yo el vencido Don Quixote que pensais. Con

esto acortando razones subieron á caballo , y Don Quixote volvió las riendas á Rocinante para tomar lo que convenia del campo para volver á encontrar á su contrario , y lo mesmo hizo el de los Espejos ; pero no se habia apartado Don Quixote veinte pasos , quando se oyó llamar del de los Espejos , y partiendo los dos el camino , el de los Espejos le dixo : advertid , señor caballero , que la condicion de nuestra batalla es , que el vencido , como otra vez he dicho , ha de quedar á discrecion del vencedor. Ya la sé , respondió Don Quixote , con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido , han de ser cosas que no salgan de los limites de la caballería. Así se entiende , respondió el de los Espejos. Ofreciéronsele en esto á la vista de Don Quixote las extrañas narices del escudero , y no se admiró ménos de verlas que Sancho , tanto que le juzgó por algun monstruo , ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho que vió partir á su amo para tomar carrera , no quiso quedar solo con el narigudo , temiendo que con sólo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas , seria acabada la pendencia suya , quedando del golpe , ó del miedo tendido

en el suelo, y fuése tras su amo, asido á una acion de Rocinante, y quando le pareció que ya era tiempo que volviese, le dixo: suplico á Vuesa Merced, señor mio, que ántes que vuelva á encontrarse, me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver mas á mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que Vuesa Merced ha de hacer con este caballero. Antes creo, Sancho, dixo Don Quixote, que te quieres encaramar y subir en andamio por ver sin peligro los toros. La verdad que diga, respondió Sancho, las desafortadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él. Ellas son tales, dixo Don Quixote, que á no ser yo quien soy, tambien me asombraran, y así ven, ayudarte he á subir donde dices. En lo que se detuvo Don Quixote en que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario, y creyendo que lo mismo habria hecho Don Quixote, sin esperar son de trompeta, ni otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era mas ligero, ni de mejor parecer que Rocinante, y á todo su correr, que era un mediano trote, iba á encontrar á su ene-

migo; pero viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, á causa que ya no podia moverse. Don Quixote, que le pareció que ya su enemigo venia volando, arrimó reciamente las espuelas á las trasijadas hijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demas siempre fueron trotes declarados, y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba hincando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde habia hecho estanco de su carrera. En esta buena sazón y coyuntura halló Don Quixote á su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca, ó no acertó, ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quixote, que no miraba en estos inconvenientes, á salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que sin mover pie ni mano dió señales de que estaba muerto. Apénas le vió caído Sancho,

quando se deslizó del alcornoque , y á toda priesa vino donde su señor estaba , el qual apeándose de Rocinante , fué sobre el de los Espejos , y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto , y para que le diese el ayre , si acaso estaba vivo , vió ¡ quien podrá decir lo que vió , sin causar admiracion , maravilla y espanto á los que lo oyeren ! vió , dice la historia , el rostro mesmo , la mesma figura , el mesmo aspecto , la mesma fisonomía , la mesma efigie , la perspectiva mesma del Bachiller Sanson Carrasco , y así como la vió , en altas voces dixo : acude , Sancho , y mira lo que has de ver , y no lo has de creer : aguija , hijo , y advierte lo que puede la magia , lo que pueden los hechiceros y los encantadores . Llegó Sancho , y como vió el rostro del Bachiller Carrasco , comenzó á hacerse mil cruces , y á santiguarse otras tantas . En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero , y Sancho dixo á Don Quixote : soy de parecer , señor mio , que por sí , ó por no , Vuesa Merced hínque y meta la espada por la boca á este que parece el Bachiller Sanson Carrasco , quizá matará en él á alguno de sus enemigos los encantadores . No dices mal , dixo Don Quixo-



Inda y An. Carrasco.

J. J. Fabrygat.

te , porque de los enemigos los ménos , y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho , llegó el escudero del de los Espejos , ya sin las narices que tan feo le habian hecho , y á grandes voces dixo : mire Vuesa Merced lo que hace , señor Don Quixote , que ese que tiene á los pies , es el Bachiller Sanson Carrasco su amigo , y yo soy su escudero : y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera , le dixo : ¿ y las narices ? A lo que él respondió : aquí las tengo en la faldriquera , y echando mano á la derecha , sacó unas narices de pasta y barniz , de máscara , de la manifiatura que quedan delineadas , y mirándole mas y mas Sancho , con voz admirativa y grande , dixo : ¡ Santa María , y valme ! Este no es Tomé Cecial mi vecino y mi compadre ? Y como si lo soy , respondió el ya desnarigado escudero : Tomé Cecial soy , compadre y amigo Sancho Panza , y luego os diré los arcaduces , embustes y enredos por donde soy aquí venido , y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo , que no toque , maltrate , hiera , ni mate al Caballero de los Espejos , que á sus pies tiene , porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado el Bachiller Sanson Carras-

co nuestro compatrioto. En esto volvió en sí el de los Espejos, lo qual visto por Don Quixote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dixo: muerto sois, caballero, si no confesais que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia, y demas de esto habeis de prometer, si de esta contienda y caída quedáredes con vida, de ir á la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntad le viniere: y si os dexare en la vuestra, asimismo habeis de volver á buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guia que os trayga donde yo estuviere, y á decirme lo que con ella hubiéredes pasado: condiciones que conforme á las que pusimos ántes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería. Confieso, dixo el caído caballero, que vale mas el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peynadas, aunque limpias, de Casildea, y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedis. Tambien habeis de confesar y creer, añadió Don Quixote, que

aquel caballero que vencistes no fué, ni pudo ser Don Quixote de la Mancha, sino otro que se le parecia, como yo confieso y creo, que vos, aunque pareceis el Bachiller Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confieso, juzgo y siento, como vos lo creéis, juzgais y sentis, respondió el derrengado caballero: dexadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz maltrecho me tiene. Ayudóle á levantar Don Quixote y Tomé Cecial su escudero, del qual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decia; mas la aprehension que en Sancho habia hecho lo que su amo dixo, de que los encantadores habían mudado la figura del Caballero de los Espejos en la del Bachiller Carrasco, no le dexaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente se quedáron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero mohinos y malandantes se

apartaron de Don Quixote y Sancho con intención de buscar algun Lugar, donde bizmarle y entablarle las costillas. Don Quixote y Sancho volviéron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los dexa la historia, por dar cuenta de quien era el Caballero de los Espejos y su narigante escudero.

CAPÍTULO XV.

Donde se cuenta y da noticia, de quien era el Caballero de los Espejos y su escudero.

En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba Don Quixote por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballescra palabra esperaba saber si el encantamento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, so pena de no serlo, á darle razon de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba Don Quixote, y otro el de los Espejos, puesto que por entónces no era otro su pensamiento, sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Dice pues la historia, que quando el Bachiller Sanson Carrasco aconsejó á

Don Quixote que volviese á proseguir sus dexadas caballerías, fué por haber entrado primero en bureo con el Cura y el Barbero, sobre que medio se podria tomar para reducir á Don Quixote á que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras, de cuyo consejo salió por voto comun de todos y parecer particular de Carrasco, que dexasen salir á Don Quixote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson le saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaria sobre que, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto, que el vencido quedase á merced del vencedor: y así vencido Don Quixote, le habia de mandar el Bachiller caballero se volviese á su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandado otra cosa, lo qual era claro que Don Quixote vencido cumpliria indubitavelmente, por no contravenir y faltar á las leyes de la caballería, y podria ser que en el tiempo de su reclusion se le olvidasen sus vanidades, ó se diese lugar de buscar á su locura algun conveniente remedio. Aceptólo Carrasco, ofreciósele por escudero Tomé

Cecial compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sanson, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre, quando se viesen, y así siguiéron el mismo viage que llevaba Don Quixote, y llegaron casi á hallarse en la aventura del carro de la muerte, y finalmente diéron con ellos en el bosque, donde le sucedió todo lo que el prudente ha leído: y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de Don Quixote, que se dió á entender que el Bachiller no era el Bachiller, el señor Bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de Licenciado, por no haber hallado nidos donde pensó hallar páxaros. Tomé Cecial, que vió quan mal había logrado sus deseos, y el mal paradero que había tenido su camino, dixo al Bachiller: por cierto, señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las mas veces se sale della: Don Quixote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo, Vuesa Merced queda molido y triste. Sepamos pues ahora, qual es mas loco zel que

lo es por no poder ménos, ó el que lo es por su voluntad? Á lo que respondió Sanson: la diferencia que hay entre esos dos locos es, que el que lo es por fuerza, lo será siempre, y el que lo es de grado, lo dexará de ser quando quisiere. Pues así es, dixo Tomé Cecial, yo fui por mi voluntad loco, quando quise hacerme escudero de Vuesa Merced, y por la misma quiero dexar de serlo y volverme á mi casa. Eso os cumple, respondió Sanson, porque pensar que yo he de volver á la mia hasta haber molido á palos á Don Quixote, es pensar en lo excusado, y no me llevará ahora á buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me dexa hacer mas piadosos discursos. En esto fuéron razonando los dos, hasta que llegaron á un pueblo, donde fué ventura hallar un algebrista con quien se curó el Sanson desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dexó, y él quedó imaginando su venganza: y la historia vuelve á hablar dél á su tiempo, por no dexar de regocijarse ahora con Don Quixote.